

El aporte alemán al progreso de Chile*

INTRODUCCION

EL pueblo chileno ha recibido el aporte generoso de la cultura alemana durante el largo proceso de su evolución histórica. En los primeros tiempos de la Conquista, en los días lentos y perezosos de la Colonia, en el período febril de nuestra Independencia, y en las etapas de pleno desarrollo de la República, la sabia civilizadora del pueblo germánico contribuyó a plasmar ciertos aspectos fundamentales del espíritu nacional. Somos sus deudores, especialmente en el campo de la educación pública, de la estructuración de nuestro Ejército y de la fuerza creadora que sembró pueblos florecientes en el sur de Chile, mancomunada con los grupos dispersos de compatriotas establecidos en esas tierras llenas de vegetación, pero difíciles al dominio del hombre.

Es mi propósito, en esta oportunidad, daros a conocer en forma detallada las diferentes alternativas históricas del influjo alemán en el desenvolvimiento de la vida cultural de mi patria. La historiografía que existe sobre esta materia es abundante, y me obliga a tratar el tema con espíritu de selección, destacando aquello que llega a mi conciencia con relieves nítidos y dejando en la penumbra lo que he estimado menos valioso, no obstante su indiscutible gravitación en el fenómeno social aludido.

UN PRECURSOR: BARTOLOME BLUM

Entre los soldados aventureros que acompañaron a Pedro de Valdivia en su expedición conquistadora a las australes tierras del continente americano el año 1540, venía un hijo de la noble nación alemana. Llamábase Bartolomeus Blum o Blumlein, y gracias a su inteligencia vivaz llegó a ser concejal en el Cabildo de la

humilde Villa de Santiago del Nuevo Extremo, que más tarde llegaría a constituirse en "la muy noble y leal" capital del Reino de Chile. Sus compañeros de armas llamáronlo Flores, traduciendo así el apellido germánico, acaso para ellos de difícil pronunciación, al castellano. Fué él quien construyó uno de los primeros molinos que hubo en estas comarcas, y atesoró una gran fortuna gracias a su actividad infatigable. Su estada en suelo chileno encierra una honda significación, porque con él se fusionó la sangre germánica con la autóctona, dando origen a uno de los linajes más famosos del período de la Colonia. En efecto, el aguerrido súbdito de Carlos I de España y V de Alemania se unió a una hermosa muchacha indígena llamada Elvira, conocida en la historia novelesca de nuestro país con el título de Catica de Talagante. La hija de este matrimonio casó más tarde con el valeroso capitán Pedro Lisperguer, oriundo también de Alemania, cuyos descendientes fueron, como ya habíamos expresado, célebres figuras de la vida santiaguina del siglo XVII.

LA GRAN INMIGRACION

Le correspondió al Gobierno del ilustre general Manuel Bulnes (1841-1851) la honrosa tarea de cimentar la inmigración alemana en nuestro suelo. El promulgó, el año 1845, una ley de inmigración altamente ventajosa para los extranjeros y para los intereses de nuestra nación.

La iniciativa del Presidente Bulnes contó con el aplauso entusiástico de un sector de la opinión ilustrada del país y, por la inevitable contradicción que parece influir en las decisiones humanas, con el enérgico repudio de otros sectores refractarios a cualquier innovación. Según Benjamín Vicuña

* Conferencia leída en el Instituto Chileno-Alemán, por Miguel Angel Vega, en junio de 1957.

Mackenna, el fecundo historiador chileno, combatieron la idea de la inmigración tres elementos que podrían ser considerados como los tres pecados capitales del atraso, a saber, el egoísmo, la ignorancia y el fanatismo. Afortunadamente, el espíritu progresista del mandatario aludido superó todas las dificultades, y su idea visionaria fué a corto plazo una hermosa realidad.

Cuando se dictó, el año 1845, la Ley de Inmigración, hallábase en nuestro país el explorador alemán Bernardo Eunom Philippi, joven notable por su vastísima cultura y por su carácter activo y emprendedor. Había llegado a Chile el año 1838, comisionado por el Gobierno de Prusia para coleccionar especies destinadas a incrementar el Museo de Historia Natural de Berlín, con una remuneración anual de mil ducados. Este subsidio, por lamentables circunstancias, no le fué pagado al diligente explorador, creándole así una situación difícil. Nuestra buena estrella, felizmente, trocó esta adversa situación en un destino mejor, tanto para el esforzado científico como para nosotros mismos, pues el Gobierno, justipreciando sus sobresalientes cualidades, contrató sus servicios designándolo Ingeniero Mayor encargado de dirigir la naciente colonización de Magallanes.

Bernardo Philippi conoció posteriormente en Valparaíso al cónsul de Prusia, quien poseía extensas tierras al sur de Valdivia, a orillas del Río Bueno, y en una de sus conversaciones le expuso la necesidad de poblarlas con familias alemanas entendidas en industrias y en agricultura. Esta sugerencia obtuvo pleno éxito el año 1846, con el arribo al puerto de Corral del primer grupo de colonos alemanes.

Estos quedaron deslumbrados ante la visión gozosa de aquellas tierras de verdor exuberante, envueltas en el transparente manto de la lluvia blanca y persistente. Los colonos recién establecidos escribieron a sus parientes de Europa expresándoles en sus cartas la intensa alegría que los embargaba y sus firmes propósitos de iniciar en Chile una nueva vida. No obstante la nostalgia que se enseñoreaba de las fibras más íntimas de sus corazones, manifestaban no estar arrepentidos de haber abandonado los lares de la patria amada y lejana, pues intuían un porvenir lisonjero en los nuevos ámbitos en que desarrollarían sus actividades y sus ensueños de hombres.

En aquel entonces, los terrenos del cónsul de Prusia, que se hallaban en camino

de ser colonizados en forma definitiva, fueron adquiridos por otro súbdito alemán, quien concibió la idea, aconsejado también por Bernardo Philippi, de comprar vastas extensiones de suelo, equivalentes nada menos que a las dos terceras partes del reino de Baviera, con el laudable objetivo de ampliar la acción civilizadora de estos esforzados pioneros. A fin de concretar la realización de estas ideas, Philippi presentó al Supremo Gobierno un plan de habilitación de los territorios vírgenes de Llanquihue, en el cual se recomendaban medidas destinadas especialmente a orientar hacia esas latitudes la inquietud colonizadora de esa época. El proyecto mereció la aprobación de los Poderes Públicos y, a la vez, el beneplácito de la Sociedad de Agricultura, que adivinaba en él una promesa de mayor productividad agrícola.

De acuerdo con las recomendaciones del plan aludido, publicáronse en Alemania una serie de folletos informativos, en los que se exponían las grandes posibilidades que ofrecía nuestra joven República para implantar en ella diversas empresas industriales o comerciales. El Gobierno del general Bulnes envió a Bernardo Philippi a Alemania con instrucciones precisas para invitar a radicarse en nuestro país a más o menos doscientas familias, prefiriendo a aquellas que se dedicaran a la agricultura, artesanía o industrias. Tan eficaz resultó esta propaganda, basada en la sinceridad y seriedad de los procedimientos empleados y en los elogios de los primeros colonos residentes en Chile, que las sociedades alemanas de emigración y colonización resolvieron enviar a Valdivia las familias que ya se preparaban para dirigirse a los Estados Unidos.

Entre las promesas hechas por nuestro Gobierno, figuraba la de dar a cada padre de familia, a muy bajo precio, "diez a quince cuadras de terreno como propiedad segura e indisputable, y seis cuadras más para cada hijo mayor de diez años". Además, se les consideraría ciudadanos chilenos, se les liberaba de contribuciones por doce años, se les fijaba sueldo y terrenos para el médico y los sacerdotes que quisieran acompañarlos, y se les proporcionaría semilla y ganado. Los colonos, por su parte, tenían la obligación de traer herramientas propias y de limpiar ellos mismos los terrenos de bosque que se les concedía.

En estas negociaciones diplomáticas, como si el destino hubiese querido afianzar definitivamente este delicado proceso de

trasplante de un pueblo a otro, surgió la noble figura de Vicente Pérez Rosales, chileno en cuyo espíritu se unían la pureza y reciedumbre del carácter, dueño de una extraordinaria simpatía y de grandes virtudes intelectuales y morales, y uno de los escritores más esclarecidos de la literatura hispanoamericana. Si Bernardo Philippi, el alemán ejemplar, organizó en su patria la emigración de sus hermanos de raza y los envió a Chile con verdadero y profundo afecto, Vicente Pérez Rosales, el chileno igualmente ejemplar, fué quien los recibió después del largo viaje con el mismo cálido cariño con que aquél los había despedido de Europa. Nosotros vemos en la acción conjunta de los dos insignes varones, los soportes poderosos de un puente tendido entre el Viejo y el Nuevo Mundo, a través del cual se cumplió una vez más el antiguo e histórico fenómeno de la emigración de los pueblos y, por ende, de la fraternidad universal.

Obvio nos parece recordar que la titánica empresa que nos preocupa se realizó a costa de grandes sacrificios, insoluble casi en los primeros momentos, pues las tierras prometidas a los colonos no pudieron serles entregadas oportunamente, quedando éstos en una situación penosa y en un desamparo lamentable por lo mismo que imprevisto. Felizmente, la solidaridad humana se reveló en ese momento angustioso en toda su sencilla grandeza: la población chilena de Valdivia acogió con la más amplia hospitalidad a los forasteros que habían sido sorprendidos con una decepción tan desagradable, como ajena a la voluntad de Philippi y de Pérez Rosales. Conmovidas las almas por la cordialidad demostrada por nuestros compatriotas y henchidas de cálidos sentimientos, en que afloraba un incipiente chilenismo, uno de los representantes más distinguidos de los inmigrantes, don Carlos Andwanter, expresó este sublime pensamiento: "Seremos chilenos honrados y laboriosos como el que más lo fuera. Unidos a las filas de nuestros nuevos compatriotas, defenderemos nuestro país adoptivo contra toda agresión extranjera con la decisión y la firmeza del hombre que defiende a su patria, a su familia y a sus intereses".

El viajero que recorre las fértiles haciendas de nuestras provincias sureñas, puede sentirse aún impresionado ante esta delicada expresión de gratitud, que se encuentra grabada en el monumento erigido en memoria de Andwanter, en los jardines

que adornan la Escuela Alemana de Valdivia, y el que habla experimentó constantemente la satisfacción de leerlas en los continuos trajines de la vida escolar, mientras desempeñó su labor docente en el Deutsche Schule de Osorno, uno de los más prestigiosos establecimientos de la zona.

Puede afirmarse que por esta fecha comienza la admirable y famosa actividad constructiva y creadora de la colonización alemana. "El trabajo se iniciaba al despuntar el alba —ha dicho un cronista— y se terminaba la faena al entrar la noche, durante toda la semana". El espíritu emprendedor de la raza germánica lo animaba todo, como al conjuro de una varita mágica. Surgen edificios de arquitectura europea extraña a los ojos de los habitantes chilenos, surgen talleres donde fabrican y venden, ahora mucho mejores y a precios más bajos, todos los productos que antes se traían de Valparaíso. Se elabora el pan de mejor calidad, y se vende leche y mantequilla en cantidades mayores. En todas partes reina un dinamismo contagioso y un hervor de emulación sacude a chilenos y alemanes. El Gobierno mira con viva complacencia el movimiento de progreso incorporado a aquellas tierras por el empuje alemán, colmena de seres unidos por el amor al trabajo. Vicente Pérez Rosales, entusiasmado cada vez más con la empresa iniciada bajo auspicios tan halagadores, organizó nuevas expediciones al extremo sur del país en busca de terrenos apropiados para la colonización, que obsedía su espíritu. En una de esas excursiones, corrió peligro de muerte.

Con la cooperación de la Marina de Chile, encontró una ruta por mar que conducía con más rapidez y sin los enormes sacrificios inherentes a la travesía de terrenos vírgenes, a la región de Llanquihue. Este lugar fué destinado a una nueva colonia que debió enfrentarse, desgraciadamente, con una naturaleza húmeda y cubierta de espesos bosques. La conquista de la tierra inhóspita costó las dos primeras víctimas. Pese a estas contrariedades, fueron naciendo, aparte de la colonia de Osorno, las ciudades de Puerto Montt, Puerto Varas, Puerto Octay y numerosos villorrios.

La comunidad de Llanquihue, que debió luchar largo tiempo con el clima y con dificultades casi insalvables de comunicación, entregó en doloroso holocausto nuevas víctimas a las selvas impenetrables, lindando su permanencia en aquellas tierras con lo heroico.

Por aquellos tiempos, encontrándose Bernardo Philippi de regreso en Chile, se vió envuelto en una rebelión indígena, y perdió allí la vida, suceso inesperado que provocó honda consternación en el país. Creemos que este hombre noble, honrado y altruísta debe ser considerado el verdadero padre de la colonización alemana en Chile.

En los años que siguieron a 1852, continuó el flujo de nuevos inmigrantes a Valdivia y Llanquihue, hasta alcanzar el proceso inmigratorio su culminación en 1860. Fundáronse las ciudades de La Unión y Río Bueno, pero posteriormente la corriente de pobladores decrece en forma paulatina hasta el año 1875, que puede ser considerado el período en que finaliza la etapa colonizadora de Llanquihue.

No obstante la afirmación antedicha, debemos advertir que la radicación de extranjeros prosiguió en otras zonas, como Temuco y Chiloé; empero, aunque afluían miles de alemanes, las agencias de inmigración contrataron a europeos de todas las nacionalidades, los que llegaron en mayor número. Con el transcurso del tiempo, pudo observarse que estos últimos no arraigaron profundamente en sus nuevos lugares de residencia, que muchos los abandonaron y que los más perseverantes, aquéllos que se apegaban a sus tierras con fuerza y amor, eran, aparte de los alemanes, los austríacos y los suizos de raza germánica.

Ningún chileno niega hoy el poderoso aliento que los primeros pobladores alemanes insuflaron en el progreso de mi patria. Actualmente, después de varias generaciones, los chilenos sureños de ascendencia germana conservan vivas sus características propias de laboriosidad, de religioso recuerdo de su antigua patria europea y de amor por la cultura del espíritu.

EL CAMPO EDUCACIONAL

Mirada con criterio histórico, la educación chilena experimentó, a lo largo de su evolución, variadas influencias. Como resultante de las odiosidades creadas por la Revolución de la Independencia, abjuramos de cuanto era colonial y presentaba el sello de criollo. Hubo necesidad, entonces, de crear de la nada, de improvisarlo todo, de forjar a prisa una nacionalidad, importando maestros del extranjero y aprovechando a aquéllos que, como Sarmiento y Vicente Fidel López, argentinos desterrados en Chile, Andrés Bello, el sabio venezolano cuyos servicios contrató nuestro Go-

bierno, Juan García del Río, inquieto intelectual neogranadino, demostraban una auténtica vocación por la docencia. La organización pedagógica y la enseñanza misma tendieron a la imitación, sin que fuerza alguna de carácter nacional pudiera evitarlo. Desde la alborada radiosa en que se creó el Instituto Nacional, en 1813, hasta el año 1880, fué una norma general el afrancesamiento de nuestra enseñanza. Después de la fecha mencionada, campeó a sus anchas en las aulas escolares del país el influjo del gimnasio alemán.

Cabe advertir que, con anterioridad a la participación de la docencia germánica en nuestra enseñanza, las autoridades educacionales habían delineado el sistema didáctico nacional desde la escuela primaria hasta la Universidad, se habían abierto nuevas rutas a la instrucción de la mujer, tomándose para ello en cuenta la fructífera siembra de ideas de ilustres pensadores chilenos como José Victorino Lastarria, los hermanos Miguel Luis y Gregorio Amunátegui, don Manuel Montt y Diego Barros Arana. Por desgracia, en los momentos en que se intentó llevar a la práctica estos nuevos conceptos, sobrevino la Guerra de 1879, y la nación tuvo que recogerse en sí misma y concentrar sus máximas energías en la defensa.

Una vez finalizado el conflicto, embriagado el pueblo chileno con la victoria, enardecido con los verdes laureles y las arengas marciales que proclamaban sus virtudes, principió a tener conciencia de sí mismo, a exigir más atención del Gobierno, considerándose desde entonces con pleno derecho a participar en los asuntos de la República. No es un hecho fortuito sino una consecuencia de estas reacciones sociales la fundación del Partido Demócrata, el año 1887. Por una extraña coincidencia con los postulados de esta agrupación política, el Partido Liberal al alcanzar los más altos puestos de Gobierno, incluso la Presidencia con Aníbal Pinto, Domingo Santa María y Balmaceda, inició inmediatamente la tarea, asaz compleja, de extender la cultura al mayor número de ciudadanos, dentro de las posibilidades del Erario nacional.

Este impulso renovador, que emerge de los espíritus de la época, engranó con el papel preponderante que estaba ejerciendo en Europa el Imperio Alemán, a raíz de la victoria de Sedán. Algunos chilenos cultos que tuvieron la suerte de conocer en sus mismas fuentes la educación alema-

na y que observaban con interés este fenómeno político, como Valentín Letelier, Claudio Matte y José Abelardo Núñez, se declararon partidarios de forjar en Chile un sistema pedagógico más vigoroso, sustentándolo en los principios educacionales de la patria de Goethe.

Conseguida ya la aprobación plena de estas ideas, el Presidente Domingo Santa María, por medio de una ley promulgada en 1883, contrató a los primeros profesores alemanes, quienes introdujeron, tal como se esperaba, una moderna metodología didáctica que eliminó, entre otros factores arcaicos, el aprendizaje basado en el abuso de la memoria, otorgándole una importancia decisiva a la asimilación más profunda de las materias, gradual y consciente por parte del alumno. Nuestras técnicas pedagógicas se convirtieron, merced al impulso emanado de este brillante núcleo de profesores, de simple rutina empírica que eran, en un arte especial fundado en la psicología. Además, dieron un poderoso estímulo al conocimiento de las ciencias y a las múltiples ramas de la cultura, sin descuidar la validez asignada a los trabajos manuales, al dibujo y al canto.

El enlace cultural entre Alemania y Chile prosiguió durante varios años y se tradujo en becas concedidas por nuestro Gobierno a alumnos distinguidos que iban a perfeccionar sus conocimientos en las universidades germanas, y en la contratación de nuevos y eminentes pedagogos de esa nación, cuyo primer grupo había llegado a Santiago en 1885.

Las Escuelas Normales de la capital, Concepción, más las recientemente fundadas de Chillán y La Serena, comenzaron sus labores con maestros exclusivamente alemanes, en tanto que los técnicos chilenos complementaban este movimiento publicando revistas y obras pedagógicas, y organizando congresos de enseñanza que, a través de sus debates, se convertían en viveros de futuras grandes realizaciones. Bello complemento material de esta verdadera palíngenesia pedagógica fueron ciento cincuenta hermosos edificios escolares levantados en tiempos de Santa María, en Santiago y en provincias, e inaugurados durante la administración de Balmaceda.

La fundación del Instituto Pedagógico, en 1889, fué la obra que dió definitiva realización a los esfuerzos unidos germano-chilenos. Cúpole una participación sobresaliente en ella a don Valentín Letelier, ilustre sociólogo, profundo conocedor de

las técnicas pedagógicas alemanas, y erudito de relieves poco comunes. Las experiencias recogidas por él en sus viajes, se dieron a la publicidad en sus estudios titulados: *Las escuelas de Berlín* y *La instrucción secundaria y universitaria en Berlín*, este último escrito con la valiosa colaboración del no menos ilustre Claudio Matte. A su haber debemos inscribir también la implantación del sistema concéntrico en los liceos, de acuerdo con el modelo alemán. Puede sostenerse que sus atinadísimas observaciones, recogidas personalmente en sus viajes originales, sirvieron de sólido cimiento a la transformación educacional chilena durante treinta y cinco años.

Los primeros profesores que desempeñaron su cátedra en el Instituto Pedagógico fueron los siguientes: Jorge Enrique Schneider (Filosofía y Pedagogía); Juan Steffen (Historia y Geografía); Federico Hanssen (Filología); Reinaldo von Lilienthal (Matemáticas); Alfredo Beutell (Ciencias Físicas) y Federico Johow (Ciencias Naturales). Junto a ellos profesó allí don Enrique Nercasseau y Morán, sabio maestro chileno que tomó a su cargo la enseñanza de la literatura española y americana. Innecesario nos parece añadir que estos insignes pedagogos formaron en las aulas del plantel universitario recién creado un alumnado de selecta preparación, y que él fué en aquella época y lo es ahora un centro intelectual altamente prestigioso, no sólo en Sudamérica sino también en el Viejo Mundo.

La reforma educacional incluyó, como es natural, a la mujer chilena, y su planificación fué similar a la de los colegios de varones, con las variantes concedidas al carácter propio del sexo femenino.

Quédanos por mencionar, en esta rápida síntesis del influjo alemán en nuestra educación, la parte no menos importante que a ella le ha correspondido en la tarea de proporcionar instrucción elemental a los grupos de indígenas diseminados en la región de la antigua frontera chileno-araucana. La misión alemana de los padres capuchinos la ha llevado a cabo entre los araucanos, aplicando métodos prácticos y consiguiendo resultados muy satisfactorios. Para facilitar esta ardua empresa pedagógica, estudiaron en primer término el idioma de nuestra raza nativa y sus costumbres, condensando estos afanes en obras de alto interés lingüístico como la *Gramática araucana*, de Fray Félix José de Augusta, y en colecciones de material folklórico que se

deben al eminente filólogo Rodolfo Lenz.

Es grato para mí destacar, en este momento, la deuda que nuestra educación ha contraído con la pedagogía alemana, hecho que consideramos un hito importante en su evolución y en el grado de progreso que luce en la hora en que vivimos.

CIENCIA Y LITERATURA

La índole acuciosa, polifacética, densa en el pensamiento y en la sensibilidad de la raza que ha dado al mundo a un Kant, a un Beethoven, a un Goethe y a un Humboldt, se manifestó también en un conjunto de obras que tuvieron directa relación con la historia, la tierra y el elemento étnico chilenos. Mencionaremos en breve síntesis algunas de estas obras que estimamos fundamentales para aquilatar el valor del nexo cultural entre ambas razas. Surge, en primer término, en nuestra memoria la personalidad portentosa de Alejandro von Humboldt, espíritu científico de vastísimos horizontes, llamado con razón "el segundo descubridor de América", cuyas obras iluminan los más variados aspectos del continente americano. Una de ellas contiene una vívida descripción de Santiago y del vecino pueblo de Puente Alto, cuyos cipreses de hierática belleza llamaron su atención.

En seguida, no podríamos omitir los nombres de Rodolfo Philippi, hermano de Bernardo, investigador de gran resonancia, especialmente en el campo de las ciencias naturales. Entre sus émulos de los últimos tiempos corresponde citar al etnólogo Alfredo Rubens, autor de *Araucanos y atacameños*, al sacerdote Martín Goussin de, arqueólogo y lingüista que ha vivido entre los fueguinos y que tiene veinticinco obras de extraordinario valor relativas a esas australes y lejanas tierras chilenas; a Sebastián Englert, autor de un interesante estudio sobre la Isla de Pascua y de una gramática pascuense.

En el campo estricto de la filología, el acervo cultural chileno se ha enriquecido, asimismo, con un valioso aporte. Altos relieves alcanzó, si evocamos de paso a uno de sus exponentes máximos, la contribución del sabio Rodolfo Lenz, cuyas tesis han mantenido una validez constante.

Por otro lado, la literatura no pudo sustraerse a descubrir la recóndita belleza que determinados episodios de la vida alemana en Chile ofrecía a la imaginación creadora del artista. El cuadro novelesco, en el que encontramos una pintura más fiel de las

costumbres germano-chilenas en el sur del país, es *Ully*, pequeña joya de nuestra literatura escrita por Mariano Latorre, uno de nuestros mejores novelistas.

EL EJERCITO CHILENO

Es evidente que si una nación pretende ser respetada en sus fronteras y en las relaciones con los demás países, necesita el apoyo de un ejército poderoso. Tal ha sido la realidad en el decurso inevitable de la historia.

Aquello que en los tiempos de la Independencia pudo entenderse con el término de "ejército nacional", no admite comparación ni puede ser incluido en el concepto que en la actualidad tenemos de dicho término. No existía ni el adiestramiento militar ni la voluntad para lograr este fin; la disciplina era poco menos que desconocida y sólo con benevolencia podríamos aceptar aquella organización y darle el calificativo de militar.

Cuando nuestro país surgió victorioso de la Guerra del Pacífico, prendió en la opinión pública la creencia de que el Ejército, que se había cubierto de gloria en los áridos campos de batalla del Norte, poseía una sólida preparación guerrera. Empero, los hechos que posteriormente concurrieron a darle una nueva estructura, pusieron de manifiesto, con meridiana claridad, que el triunfo alcanzado se fundó exclusivamente en la increíble valentía e innata cualidad combativa de los soldados que realizaron la campaña, por cuanto los planes de batalla no fueron otra cosa que improvisaciones admirables.

Concedores de esta situación, con un auténtico sentido crítico y realista, algunos oficiales de alta graduación, entre otros el general don Emilio Sotomayor y el almirante Patricio Lynch, sugirieron al Gobierno la posibilidad de contratar los servicios de un instructor alemán, con el fin de proceder a una reforma vital de la organización militar.

La arrogante figura del capitán de artillería Emilio Körner se hace presente entonces en la vida militar de nuestro país. Venía precedido por la fama de sus intrépidas actuaciones en diversas campañas prusianas, pero muy especialmente por su heroica cuanto inteligente participación en la guerra franco-alemana. Si a esto añadimos la preferente atención que le dispensó el mariscal Von Moltke, tendremos una

idea más o menos definida de la reciedumbre de su personalidad.

Una vez en Santiago, se le designó Subdirector Técnico de la Escuela Militar, primer establecimiento que recibió el enérgico impulso de su actividad reñovadora, pues, aunque es justo reconocer para satisfacción nuestra, que se impartían allí conocimientos verdaderamente militares, que se inculcaban sentimientos de responsabilidad y honor y que se exigía cumplir con un reglamento disciplinario, no es menos justo reconocer que los alumnos carecían de toda vocación para la carrera, considerándola un nuevo episodio en su vida de adolescente.

El capitán Körner se entregó con ardiente pasión a su labor, analizó los programas de instrucción, los modificó, los reemplazó casi en su totalidad, agregó un año de Curso Militar, en el cual se incluían estudios modernos y especializados de armas de fuego, fortificaciones, dibujo y levantamiento de planos, estrategia, y una serie de ricas experiencias recogidas en los campos de batalla de aquella Europa que tan difícilmente y en vano ha buscado la paz y tranquilidad de sus naciones. El mismo enseñó las nuevas asignaturas, demostrando con ello una rara y valiosa capacidad profesional. Tuvo, más tarde, como ayudante a un oficial chileno de alta graduación que había estudiado en el Viejo Mundo, y junto con él publicó unos tratados que destinaba a perfeccionar los nuevos conceptos, que ya habían comenzado a asimilar sus alumnos. Estos últimos respondieron cumplidamente a las esperanzas del capitán, con un ansia tan inagotable de conocimientos, que el Presidente Domingo Santa María accedió a crear, en 1887, la Academia Militar, que fué delineada siguiendo casi exactamente el modelo de la Academia de Guerra de Berlín.

El entusiasmo de los oficiales que habían participado en la Guerra del Pacífico se evidenció de manera tan unánime, que el incansable instructor prusiano pudo asombrar a los civiles santiaguinos con la brillante Parada Militar de 1880, recibiendo con toda justicia las calurosas felicitaciones del Presidente de la República y la admiración popular.

Confesemos que no eran pequeñas las dificultades que se oponían a la celeridad con que el capitán Körner hubiera deseado impulsar la transformación del Ejército. No existía un Estado Mayor, sino simple-

mente una Inspección General; no se conocía la manera cómo un ejército de tiempos de paz pudiera rápidamente ponerse en pie de guerra. Por fortuna, desde la época de don Bernardo O'Higgins, la carrera militar se hallaba legalmente establecida, existía un escalafón con sus correspondientes disposiciones reglamentarias, destinadas al ascenso de oficiales y suboficiales, aunque era muy poco lo que se cumplía y casi todo se quedaba en el papel.

En este estado se hallaban las cosas, cuando el turbio ambiente político que rodeaba al Presidente José Manuel Balmaceda, quien gobernaba al país por esos años, provocó el sangriento estallido de la Revolución de 1891. El capitán Körner, que había sido alejado de su cargo a causa de los sentimientos mezquinos que suelen irrumpir en estas conmociones multitudinarias, fué aprovechado de inmediato por el bando contrario al Presidente. La Junta Revolucionaria encargó armamentos a Europa, y Körner, asistido por altos oficiales, debió proceder a la instrucción urgentísima de ciudadanos que, repentinamente, habían sido lanzados a la dura situación del soldado en acción de guerra.

El destino ofreció al capitán prusiano la oportunidad inesperada de poner en práctica todo aquello que podría considerarse como la teoría militar de tiempos de paz. Planes de batalla, consejos de guerra, empleo de novísimas armas no utilizadas todavía en el mundo, como el fusil de repetición, organización de batallones, líneas de fuego, ciudades sitiadas, todo ello, supervigilado por este intrépido guerrero germano, cuya sangre volvía a hervir ante el estampido estentóreo de los cañones, favoreció al bando contrario al Presidente Balmaceda, que ahora se autodenominaba Ejército Constitucional, guiándolo con ciega firmeza hasta conquistar la victoria anhelada.

Como premio a sus excepcionales dotes de organizador, Emilio Körner fué ascendido a General de Brigada, y algún tiempo más tarde a General de División.

Recibió también la misión de ir a Alemania a contratar nuevos instructores, regresando al país con cuarenta oficiales seleccionados, con los cuales se prosiguió la organización militar, esta vez sobre la base de las tropas victoriosas, que constituyeron el fundamento definitivo del actual Ejército de Chile. Junto a la creación de Cursos Extraordinarios, se abandonó la estructura de la antigua Inspección General, y se

creó el Estado Mayor, designándose como Jefe, naturalmente, al general Körner. Excelentes resultados tuvo también la idea de llevar a las instituciones militares personal docente alemán, destacándose los nombres de Von Bieberstein, Von Below, Zimmermann y Kellermeister von der Lundt.

Finalmente, entre las numerosas reformas y creaciones, citaremos la Ley del Servicio Militar Obligatorio, que sólo se llevó a su completa realización en 1900.

Todos estos frutos se derivaron, justísimo es reconocerlo, tanto de la profunda responsabilidad profesional del general Körner como de la gran simpatía y admiración que despertó en nuestros compatriotas su carácter correcto y mesurado y la nobleza de sus procedimientos.

Ahora bien, si analizamos a la distancia la obra de Körner, llegamos a la conclusión de que por encima de la gigantesca tarea de crear un ejército, logró que los chilenos se conocieran a sí mismos, que sintieran el orgullo de su absoluta capacidad para respetar la disciplina y reconocer el valor de la jerarquía, caminos indiscutibles si se quiere alcanzar la fuerza moral y la cohesión de la sociedad humana.

PALABRAS FINALES

Llegamos al término de nuestra exposición y nos atormenta el temor de haber

incurrido en omisiones gravísimas y acaso culpables. Así, nuestra conciencia reclama nombres tan esclarecidos como los del pensador Wilhelm Mann, autor de la impresionante y voluminosa obra *Chile luchando por nuevas formas de vida*; del humanista y distinguido catedrático Dr. Rodolfo Oroz, quien adquirió su sólida cultura lingüística en las universidades alemanas, al igual que el Dr. Yolando Pino Saavedra, delicado traductor del ínclito poeta Rainer María Rilke; del notable ensayista Carlos Keller, en cuyo espíritu se compenetran profundamente la acuciosidad germánica con una conducta humana que lo acredita como el más sincero de los criollos; de Ludwig Zeller, joven intelectual traductor de los grandes poetas románticos Novalis y Hölderlin; de Humberto Díaz Casanueva, vate depurado, dueño de una poesía profundamente personal a la vez que docto exégeta de la filosofía del español José Ortega y Gasset, quien bebió parte de su inspiración y saber en el fresco manantial de la cultura germánica. Son ellos eslabones preciosos de la cadena esplendente y conmovedora que une a mi patria con Alemania, la tierra donde el trabajo triunfante es un himno a la vida.